

UNA LUZ EN LA NOCHE DE LA DROGA

REFLEXIONES DE LA IGLESIA



**UNA LUZ EN LA
NOCHE DE LA DROGA**

**REFLEXIONES
DE LA IGLESIA**

UNA LUZ EN LA NOCHE DE LA DROGA

**REFLEXIONES
DE LA IGLESIA**



Con las debidas licencias eclesiásticas. Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte por cualquier medio sin el permiso previo por escrito del CELAM

© Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño CELAM
Avenida Boyacá N.º 169D-75
Código postal 111166
PBX: 601 484 5804
celam@celam.org
www.celam.org
Bogotá, D. C., 2025

© Red de comunidades organizadas RECOR
© Pastoral latinoamericana de acompañamiento y prevención de las adicciones P.L.A.P.A

Editorial CELAM
<https://editorial.celam.org/>
PBX: 601 484 5804, ext. 215, 216 y 217
editorial@celam.org
libreria@celam.org

Dirección Editorial:
Dr. Óscar Elizalde Prada

Coordinación Editorial:
Natalia Delgadillo

Diagramación y diseño de portada:
Alexander Ruiz
Alexande.ruiz@gmail.com

Corrección de estilo:
Melissa Rincón

Índice

Prólogo.....	3
Una luz en la noche de la droga	5
El problema de la droga.....	5
Las respuestas existentes.....	6
¿Es lícito hablar de una respuesta eclesial?.....	7
Antropología cristiana	7
La dignidad humana	7
La unidad antropológica.....	8
La dimensión relacional.....	8
La calidad del vínculo.....	8
El surgimiento de la esperanza.....	8
 Recibir la vida como viene:	
el corazón del Hogar de Cristo	11
 Cristo, ancla de los peregrinos	
de la esperanza que buscan la sobriedad	15
 Signos de los tiempos	19
 Para Jesús inada es imposible!.....	21
 La esperanza no defrauda:	
una lectura cristiana del dolor urbano	23
¿Qué papel juega la esperanza cristiana	
en este contexto?	24

La esperanza desde un Centro de Tratamiento en Adicciones	27
--	-----------

La obra San Juan Pablo II:

una puerta de esperanza en la lucha contra las adicciones ..	31
Un llamado a la acción y a la esperanza jubilar.....	31
La puerta de la esperanza.....	31
Nuestra misión en un mundo conflictivo	32
Compromisos concretos	32
La esperanza en acción	32
Legado permanente.....	33

Prevención de las adicciones en territorio pastoral	35
--	-----------

Referencias bibliográficas	37
---	-----------

**UNA LUZ EN LA
NOCHE DE LA DROGA**

**REFLEXIONES
DE LA IGLESIA**

Prólogo

*P. Charly Olivero
Rejane Hauch Pinto Tristoni*

“Spes non confundit”- “La esperanza no defrauda” (Rm 5,5).

Desde distintas geografías de nuestra América Latina, crece una esperanza desde el pie. No se trata de la solución para los grandes problemas de la humanidad, ni tampoco de una respuesta a la crisis global. Más bien, hay que decir que de todo eso no sabemos prácticamente nada. Es más, vemos el mundo embarcado en un ciclo similar al que podría haber sido la caída del Imperio romano de Occidente. En aquel momento, la paz romana fue fragmentándose progresivamente a causa de la inestabilidad gubernamental, la militarización del poder, el debilitamiento de las instituciones, la crisis económica, la transformación cultural, y el control del territorio en manos de los bárbaros, entre otras causas, según explica la sabiduría antigua: "Para todo hay una estación, y un tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo" (Eclesiasté 3,1).

Hoy, desde abajo, va surgiendo una esperanza, a pesar del creciente debilitamiento de nuestros Estados nacionales, del control territorial cada vez mayor en manos de pandillas, cárteles y el crimen organizado; de una globalización financiera sin rostro, que conduce los destinos del mundo hacia escenarios deshumanizantes; y de que nuestros suelos, pueblos y ciudades se van volviendo inviables y obligan a millones a migrar buscando una esperanza. En medio de esta difícil realidad, se alza la voz de la fe: “Porque para Dios no hay nada imposible” (Lucas 1,37).

Pero la esperanza no es conocer el camino de salida ni ser poseedores de la estrategia salvadora, sino saber que el mismo Dios de la historia camina con nosotros. Que cuando atravesamos oscuras quebradas

y nuestras luces resultan insuficientes para entender el horizonte, sin aparecer en los diarios ni en las redes sociales, el Buen Pastor va guiando a su pueblo. En silencio, corazón por corazón, el Resucitado va enseñando el camino a los pobres, los va conduciendo a las verdes praderas, como nos recuerda al Salmista: “Aunque camine por el valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me infunden aliento” (Salmo 23,4).

La esperanza cristiana no es en primer lugar una acción de nuestra inteligencia. En este sentido me resulta significativo que Auguste Rodin, el escultor francés de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, en homenaje a la Divina Comedia de Dante Alighieri, al esculpir "La puerta del infierno", coloca sobre el dintel de la puerta otra obra suya maravillosa: "El Pensador". Rodin pone al pensador en la puerta del infierno, como diciendo "cuidado con el racionalismo, que nos puede llevar por caminos muy oscuros". En este mismo sentido, la escritura nos advierte “Confía en el Señor con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia: reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas” (Proverbios 3, 5-6).

No, la esperanza cristiana nace desde abajo y desde adentro, desde el lugar donde nos encontramos con Jesús muerto y resucitado, desde el encuentro con los crucificados de hoy, desde el abrazo que amorosamente nos acerca y compromete, desde el servicio que nos convierte. En ese lugar, la Iglesia recibe la paz y la alegría que brotan de la resurrección. Esa alegría y esa paz, signos de la presencia del Resucitado, nos permiten esperar en un mundo tan oscuro, no porque veamos el camino, sino porque el mismo Señor está con nosotros. “Este es el testimonio que nos fortalece: 'Les he dicho todo esto para que tengan paz en mí. En el mundo tendrán aflicciones. ¡Pero tengan valor! Yo he vencido al mundo’” (Juan 16,33).

Así como Jesucristo nos invita: "Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Pues mi yugo es suave y mi carga es liviana» (Mateo 11, 28). Este libro que ofrecemos es una muestra, un testimonio del bien que nos hace, en la Iglesia, recibir a Cristo crucificado, que siempre llega a nosotros en nuestros hermanos y hermanas más rotas, pues "No queda defraudado el que en ti espera" (Salmo 25, 3).

Introducción

Una luz en la noche de la droga

Mons. Lizardo Estrada
Secretario general del CELAM

Como tantas veces en su historia, soplan una vez más en la Iglesia vientos de cambio. El Papa Francisco se fue. El Papa León llegó. Y, entre la tristeza y el agradecimiento por el primero, y la alegría y la oración por el segundo, la Iglesia sigue celebrando el Jubileo de la Esperanza. Y en este contexto eclesial, como cada 26 de junio, el mundo entero conmemora un día de lucha contra el tráfico ilícito y el consumo indebido de drogas.

El año pasado, para esta misma fecha, durante la catequesis de los miércoles, Francisco nos señalaba que, frente a este drama humano «no podemos ser indiferentes. El Señor Jesús se ha detenido, se ha acercado, ha curado las llagas. Siguiendo el estilo de su proximidad, también nosotros estamos llamados a actuar, a detenernos ante las situaciones de fragilidad y dolor, a saber escuchar el grito de la soledad y la angustia, a inclinarnos para levantar y traer de vuelta a una vida nueva a quienes caen en la esclavitud de la droga»¹. Y de la misma manera, nos recordaba que, frente a este desafío, no podemos comprometernos en soledad, sino organizándonos, aprendiendo unos de otros, compartiendo lecturas, prácticas, miradas, frustraciones e ilusiones. De esa manera, vamos organizando la esperanza.

El problema de la droga

Es paradójico, porque se trata de un grito tan ensordecedor como silencioso. Nos rompe el corazón escucharlo en las madres que

¹ Papa Francisco. (2024, 26 de junio). *Catequesis con motivo del Día Internacional de la Lucha contra el Uso Indebido y el Tráfico Ilícito de Drogas [Audiencia general]*. Vaticano. <https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiences/2024/documents/20240626-udienza-generale.html>

llegan llorando, en el drama inhumano de nuestros hermanos y hermanas que terminaron viviendo en situación de calle, o verlo plasmado en los jóvenes que, hace poco recibieron los sacramentos en nuestras parroquias, y hoy encontramos consumiendo en la plaza, o vendiendo en una esquina.

Pero también es silencioso. Si no fuera por esas fatalidades que, cada tanto, rompen la barrera del silencio, en las noticias casi ni se nombraría el problema. Los jóvenes que se nos pierden son el drama central de nuestros pueblos, pero no forman parte de los planes de gobierno ni de los discursos políticos. Nadie hace campaña prometiendo curar a nuestros hijos. En nuestra región, es abismal la desproporción del financiamiento que hay entre la lucha contra el narcotráfico y los procesos de prevención y recuperación. Casi todos los recursos se destinan a policías, armas y procedimientos que siempre corren detrás del problema, y casi nada queda para el cuidado directo de las personas, las familias y comunidades.

Estamos frente a uno de los más grandes problemas de nuestro tiempo, y que se encuentra en franco crecimiento.

Pero más que un problema, es un síntoma. Es la manifestación de que la vida que nos propone el mundo no es una vida plena ni feliz. Que el consumo exacerbado de todo lo consumible no es una propuesta pensada en el hombre, sino en función del afán de lucro.

Y por eso, la evasión se vuelve el gran paradigma epocal. Pareciera que la sociedad moderna suma sus propias lamentaciones a las de Jeremías: *como no se puede ser feliz, entonces hay que anesthesiarse con alcohol, con drogas, con el celular, con los productos de la floreciente industria del entretenimiento. Es necesario aturdirse.*

Las respuestas existentes

Hay muchos modos de responder al problema de la demanda de drogas, que tiene que ver con los distintos actores involucrados. Están las respuestas privadas, que surgen en el ámbito del mercado de la salud y que se inscriben en el paradigma de atención de la salud mental. También están las repuestas de los gobiernos, que, al intervenir, deben hacer el esfuerzo por garantizar el derecho a la salud de aquellas personas empobrecidas que no logran acceder por

sus propios medios al sistema privado. También, están las respuestas de aquellas personas que atravesaron problemas de adicción, se pudieron recuperar y colaboran en la organización de espacios de autoayuda. Cabe entonces preguntarse: ¿se puede pensar en una respuesta eclesial? Y, en caso de que respondamos afirmativamente, ¿en qué consiste esa respuesta eclesial? ¿Qué es lo propio de nuestra respuesta? ¿Cuál es el diferencial cristiano?

¿Es lícito hablar de una respuesta eclesial?

Para responder esta pregunta, es necesario indagar si hay algún aporte que la Buena Noticia de Jesús le puede hacer a las respuestas. Porque no cabe dudas que el Evangelio sí puede iluminar a las personas que atraviesan este padecimiento, directa o indirectamente. ¿Pero, y a las respuestas organizadas? Efectivamente también. Y esta afirmación es el fundamento de la existencia en el CELAM, de una Pastoral Latinoamericana de Acompañamiento y Prevención de las Adicciones. Sin lugar a dudas, la salvación obrada en Cristo permite comprender más profundamente las esclavitudes del hombre de hoy y su camino de liberación.

A continuación, propongo brevemente algunos elementos fundamentales que permiten comprender el problema más cabalmente.

Antropología cristiana

La dignidad humana:

En *Dignitas Infinita*, la Congregación para la Doctrina de la Fe nos ayuda a desambiguar el término dignidad. Y enseña que, al hablar de dignidad nos referimos en primera instancia a la dignidad ontológica, propia de todo ser humano, por el sólo hecho de imagen y semejanza de Dios, y por valer la sangre de Cristo. Esta concepción ontológica, y por lo tanto inalienable de la dignidad, pareciera olvidada en la cultura del descarte. Al hablar de dignidad, no enseña el documento, también nos referimos en segunda instancia a la dignidad existencial, a la moral y a la social. El cristianismo ve en cada hombre y en cada mujer, sea cual sea su situación de vida, la imagen del mismo Dios.

La unidad antropológica

No hay nada que hagamos o padezcamos los seres humanos que no sea a la vez, totalmente corpóreo, y a la vez, totalmente espiritual. Desde este lugar, la Iglesia no se conforma con los postulados de la ciencia que dicen que la adicción es una enfermedad del cerebro, porque transforma la estructura del sistema nervioso central. Desde nuestra antropología diremos: es verdad, es una enfermedad que afecta fundamentalmente al cerebro, pero no es solo eso, también implica una dimensión espiritual, que es necesario comprender y atender.

La dimensión relacional

El concepto de persona humana, tomado de las discusiones trinitarias del siglo IV, implica no solo el ser subsistente sino también las relaciones. Desde nuestra concepción, no podemos pensar que los problemas de adicción sean solamente problemas individuales, son también problemas familiares, comunitarios, institucionales, sociales, económicos, políticos, etc. Las respuestas deben ser coherentes con las dimensiones del problema.

La calidad del vínculo

Tal vez lo propio de la respuesta pastoral sea no tanto la calidad científica de la intervención, sino la calidad del vínculo. La caridad de Cristo nos urge, y los vínculos que se desarrollan en el marco de nuestra acción pastoral, son los que surgen del Evangelio: el perdón, el acompañamiento, la paciencia, la magnanimidad, etc. Incluso, los objetivos propios de un dispositivo específico de recuperación se transforman y desbordan en la respuesta pastoral. Porque el objetivo del centro de recuperación es lograr la abstinencia, pero si la persona no puede, o ya no quiere recuperarse, igual va a seguir siendo objeto del amor de la comunidad que comenzó esa respuesta pastoral.

La respuesta comunitaria

En *Deus Caritas Est* N.º 25, el Papa Benedicto XVI nos decía: *La iglesia es la familia de Dios en el mundo...* Las respuestas pastorales que ofrecemos no son respuestas individuales, sino abrazadas y desarrolladas en el seno de una comunidad creyente.

El surgimiento de la esperanza

A lo largo y a lo ancho de nuestra región, constatamos que cuando una comunidad pone en el medio a las personas más rotas y se organiza en el cuidado, la alegría brota. Es lo que nos planteaba el Papa Francisco en su *Evangelii Gaudium* (La alegría del Evangelio).

Y es que la alegría y la esperanza son manifestaciones de la presencia del Resucitado y, por lo tanto, brotan de la cruz. Nos decía el Papa Francisco en EG 270:

A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo.

Desde esta perspectiva, entiendo que los hijos de la Iglesia que pudieron superar su adicción al alcohol, a las drogas, el juego, el sexo, o cuanto padecimiento adictivo haya, se constituyen en nuevos apóstoles de la esperanza. Su misma vida grita por donde andan: estaba muerto, pero el Señor me ha resucitado.

En ese sentido, a lo largo de estas páginas se podrán encontrar reflexiones y experiencias de distintos países. Algunas enfocadas en el acompañamiento de las personas adictas, otras en la prevención, otras en el drama del narcotráfico. Invito a todos a leer con atención, y a hacer lugar al llamado de Dios, que no quiere que nadie se pierda (2Pe.3,9).

Recibir la vida como viene: el corazón del Hogar de Cristo

*Pablo Vidal
Coordinador General Federación Familia
Grande Hogar de Cristo, Argentina*

En los márgenes de nuestras ciudades, donde la vida a veces parece descartada, brota una comunidad silenciosa que encarna el milagro de la esperanza. El Hogar de Cristo, con sus Centros Barriales, es signo vivo de ese milagro: un lugar donde las vidas heridas encuentran familia, dignidad y posibilidad.

En este Jubileo de la Esperanza que la Iglesia celebra en 2025, queremos testimoniar que la esperanza no es una idea abstracta ni un sentimiento ingenuo. Se hace cuerpo y nombre en cada historia de recuperación, en cada abrazo compartido, en cada paso pequeño de quienes, desde la vulnerabilidad más profunda, creen que otro camino es posible.

“No se empieza por una respuesta, se empieza por una escucha”. Tal vez esa frase, simple y firme, sea la mejor manera de decir lo que hacemos. El Hogar de Cristo no es un programa ni una receta. Es una comunidad que se deja afectar por el dolor de los más frágiles, y que acompaña, con ternura y paciencia, la vida en todas sus formas. Así, con mezcla de desprolijidad y milagro, empezamos a caminar.

Los Centros Barriales, nacen como respuesta a la herida profunda que deja el consumo de paco. Pero pronto entendimos que no se trata solo de una sustancia, sino de una forma extrema de exclusión. El paco es una señal de alarma, una expresión de desolación social. Lo que vemos no es solo adicción: es orfandad, hambre de amor, la certeza de que “nadie te está esperando”. Y ahí nace la urgencia de

alojar. En tiempos donde la cultura del descarte impone su lógica cruel, los Centros Barriales son Santuarios de vida. Allí se cuida, se acompaña y se apuesta a lo pequeño, a lo invisible. Como dice la bula *Spes non confundit*, el testimonio de quienes esperan contra toda desesperanza es un canto a la dignidad humana.

El método —porque eso es: un modo de caminar— se llama “recibir la vida como viene”. Lo dijo el entonces cardenal Bergoglio en la inauguración del primer Centro Barrial, un Jueves Santo de 2008, mientras lavaba los pies a siete jóvenes. No sabíamos cuánto nos marcaría esa frase. Recibir la vida como viene, es no poner condiciones, no medir trayectorias por éxitos, no filtrar por edad, diagnóstico o antecedentes. Es abrir la puerta, dar la bienvenida, mirar a los ojos y decir: “acá podés estar”.

Y una vez que la persona entra, es parte. Porque el centro no es un servicio, es una familia. Una familia ampliada, atravesada por el dolor y la esperanza, pero familia al fin. Se celebran cumpleaños, se acompañan duelos, se arman planes, se discute, se espera. El centro es eso: un lugar donde estar y donde volver.

Francisco nos recuerda que “la esperanza no defrauda²” (Rm 5,5) y que “nos hace fuertes en la tribulación”. En los Centros Barriales, esa fortaleza nace del tejido comunitario. Es el abrazo que sostiene cuando uno ya no puede. Es el compañero de camino que escucha, que celebra cada pequeño paso. Es la comunidad como hospital de campaña, donde las heridas no se esconden: se curan con misericordia.

Aprendimos que nadie se salva solo. Para que alguien imagine otro camino, necesita red. Por eso los equipos son diversos: curas, vecinos, profesionales, religiosas, voluntarios, jóvenes que ahora son acompañantes pares. Y también diverso es el tiempo: no hay plazos, ni alta médica. Hay vínculos, procesos, libertad. Libertad para elegir si hoy se quiere ir a un taller o simplemente tomar unos mates. Y la firmeza de sostener que la puerta seguirá abierta.

La escucha es el primer gesto pastoral. Escuchar sin apuro, sin encajar la historia del otro en planes armados de antemano. Escuchar con el cuerpo, con el corazón. Porque no acompañamos personas con “un problema de drogas”, acompañamos personas que quieren vivir. Y en esa búsqueda, hay dolor, pero también belleza, recursos, caminos inesperados, también hay semillas de esperanza creciendo en lo escondido.

2

Romanos 5,5

Los Centros Barriales son una forma concreta de ser Iglesia en los márgenes. Una Iglesia que primerea, acompaña, fructifica y celebra, como dice el Papa en *Evangelii Gaudium*. Esa dimensión espiritual sostiene el fuego cuando todo cuesta. Porque la adicción no es solo una enfermedad: también es una herida espiritual. Y lo que cura, muchas veces, es la certeza de que tu vida vale, que no estás solo, que Dios te sigue mirando con amor.

Es importante aclarar que en nuestros espacios trabajan profesionales de la salud que brindan acompañamiento y tratamiento. No se puede obviar esa parte. Pero también sabemos que el dolor puede volverse puerta, grieta por donde se cuela la gracia. Como dice Francisco: “el sufrimiento lleva consigo un misterio de salvación, porque nos hace experimentar el consuelo de Dios de forma cercana y real”.

El testimonio de los recuperados es una luz concreta. No son héroes ni casos de éxito. Son personas que, habiendo tocado fondo, eligen seguir caminando. Sus historias sanan su propia vida y alumbran a la comunidad. Son “ángeles de esperanza”, como los llama el Papa. Son testigos de que la vida, aun herida, puede resucitar. Francisco nos recuerda que la esperanza verdadera es Pascual: nace de la cruz y resplandece en la resurrección.

Muchas veces nos preguntan cómo armar un Centro Barrial. No hay fórmula. No se empieza por el edificio, ni por el equipo técnico. Se empieza por una esquina, una visita, un mate. Por involucrarse. Con tiempo, presencia y procesos, eso se vuelve comunidad. Una comunidad que se organiza sin dejar de ser hospitalaria.

No controlamos ni exigimos cumplir con planes armados. Hacemos memoria con el otro. Lo ayudamos a hilar su historia, a nombrar el dolor. A encontrar algún sentido, aunque sea chiquito. El Hogar de Cristo es ese lugar donde hacer pie, aunque sea hasta mañana.

Y esa mística —la del cuerpo a cuerpo, la de la misericordia— nos transforma también a nosotros. Porque el que se deja afectar, cambia. Porque el corazón crece cuando se pone al servicio. En cada joven que deja la calle, en cada abrazo que salva, reconocemos a Jesús.

Ese amor tiene forma de abrazo. Pero no es individual. Es la comunidad la que abraza. Porque nadie puede ir solo al fondo del dolor. Si uno se mete solo, puede creerse un salvador o quedar atrapado. Lo nuestro es comunitario, familiar, eucarístico. Entre quien abraza y quien es abrazado, siempre hay una mesa. Ser ángeles de esperanza “los unos para los otros”, como dice Francisco.

Ese amor también pone el cuerpo. Porque el amor que no incomoda, no transforma. Por eso el Hogar de Cristo vive una mística martirial: estar con los más frágiles duele, cuesta y genera resistencias, pero esa cruz no es derrota, es fidelidad. Cuando todo el sistema expulsa, quedarse es profecía. Seguir amando, testimonio. Es “esperanza encarnada, que no defrauda”.

En muchos lugares donde fuimos creciendo, abrir la puerta a los descartados desató conflictos, críticas y rechazos. Y entendimos algo clave: la fecundidad no está en los resultados visibles, sino en la obediencia al ritmo de Dios. Como decía San Alberto Hurtado: *“Nuestra obra no es plenamente fecunda sino en la perfecta sumisión al ritmo divino”*. El Hogar de Cristo no idealiza la recuperación ni mide el éxito por estadísticas. Entiende que cada proceso es único, que las caídas forman parte del camino, y que el verdadero milagro es la permanencia del amor aun en la recaída. Esa perseverancia es el rostro más real de la esperanza.

Nos une una historia, una narrativa común. Nos reconocemos en símbolos como el lavatorio de pies, en ritos como la peregrinación a Luján, en vínculos tejidos en cada encuentro. Lo que nos une no es la eficiencia: es la fe, la carne, la vida compartida. Es la esperanza que se contagia cuando vemos que la vida, incluso herida, puede florecer. El Hogar de Cristo no es una ONG ni una comunidad terapéutica. Es la Iglesia que se deja afectar. Que confía más en la providencia que en los planes. Que ve en cada joven la llegada de Dios. Y que hace de la hospitalidad su manera de recibirlo.

Este texto no busca dar respuestas cerradas. Solo quiere compartir una experiencia. Un modo de estar, de mirar, de acompañar. Una forma de ser Iglesia en los márgenes. Y quizás, simplemente, recordar —como Francisco en este Jubileo— que la esperanza no defrauda. Que cada persona es sagrada. Que ninguna vida está de sobra. Y que el amor es el mejor lugar para empezar. El Jubileo de la Esperanza nos invita a movernos, a dejar seguridades y abrazar el riesgo del encuentro. En el Hogar de Cristo, esa peregrinación es diaria. Cada vínculo, cada historia, cada comunidad, es un paso hacia esa patria grande prometida donde nadie quede afuera.

Por eso, hoy, queremos proclamar con quienes caminan en los márgenes: la esperanza no defrauda. Cada vida recuperada es un milagro silencioso. La comunidad es el lugar donde la gracia se hace carne. Y el amor paciente, cotidiano y concreto, sigue siendo el mejor lugar para sembrar el Reino.

Cristo, ancla de los peregrinos de la esperanza que buscan la sobriedad

*Padre Ronaldo Henrique Furtado
Arquidiócesis de Mariana, Minas Gerais, Brasil*

En este año del Jubileo de la Esperanza, como “Peregrinos de la Esperanza”, somos invitados a renovar nuestra fe y a vivir la esperanza cristiana, de forma concreta también desde la perspectiva de la Sobriedad, venciendo los vicios que nos llevan a la adicción. Como dice San Pablo: “La esperanza no defrauda” (Rm 5, 5). Por eso, exhorto a todos a peregrinar por el camino de la sobriedad con la esperanza en Cristo de alcanzar la salvación.

Pero ¿qué es la esperanza? La esperanza es una virtud teologal que nos lleva a creer, comprendiendo que contamos con la ayuda de Dios para vivir la sobriedad. Así lo afirma el *Compendio de Teología Ascética y Mística*, al definir la esperanza como “una virtud teologal que nos hace desear a Dios como nuestro bien supremo, y esperar con firme confianza —por la bondad y el poder divino— la bienaventuranza eterna y los medios para alcanzarla”³.

Además, el *Compendio* nos ayuda a entender que la sobriedad es una expresión de la virtud de la templanza, una “virtud moral sobrenatural que modera la atracción hacia el placer sensible, sobre todo hacia los placeres del gusto y del tacto, y los contiene dentro de los límites de la honestidad”⁴. Por tanto, podemos afirmar que

³ Tanqueray, A.D. *Compendio de Teología Ascética y Mística*, 1938, p. 750.

⁴ Tanqueray, A.D. *Compendio de Teología Ascética y Mística*, 1938, pp. 692-693.

la sobriedad es uno de los caminos para alcanzar la esperanza, ya que “anhelamos como nuestra felicidad el Reino de los Cielos y la Vida Eterna, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en la ayuda de la gracia del Espíritu Santo” (CIC 1817).

En este contexto, nos dice San Pablo:

Nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la perseverancia; la perseverancia, virtud probada; la virtud probada, esperanza. Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rm 5, 3-5).

Muchas personas han vivido y viven sumidas en el exceso, en el desorden, en las tinieblas, en medio de tribulaciones, especialmente a causa de sus vicios. Y en estas tribulaciones nos sentimos anclados en Cristo, quien es nuestra esperanza y nos ayuda a moderar nuestras pasiones. Así lo expresó el papa Francisco: “Todos esperan. En el corazón de cada persona, está encerrada la esperanza como deseo y expectativa del bien, a pesar de no saber qué traerá consigo el mañana”⁵. Con esto, cobramos ánimo para una vida intensa de oración, perseverando en Cristo para alcanzar la luz, incluso en medio de los tropiezos del camino hacia la sobriedad.

El papa Francisco nos recuerda que “La esperanza no defrauda” (Rm 5, 5), porque “la esperanza nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz”⁶. La esperanza es un don divino que fortalece a los fieles en las tribulaciones y los anima a ser signos vivos de esperanza para los crucificados de hoy, como los consumidores de drogas y todos aquellos que padecen un vicio o una fragilidad. Así, tenemos la certeza de que quienes caminan en el sendero de Dios atravesarán tribulaciones, pero anclados en Cristo alcanzarán las alegrías eternas y también las de este mundo.

Y para este proceso de sobriedad, el papa Francisco dice:

La Iglesia, fiel al mandato de Jesús de ir allí donde haya un ser humano que sufra, tenga sed, hambre o esté en prisión (cf. Mt 25,31-46), no ha abandonado a quienes han caído en la

⁵ Francisco. *Bula de Proclamación del Jubileo Ordinario del Año 2025, 2025, N.º 1.*

⁶ Francisco. *Bula de Proclamación del Jubileo Ordinario del Año 2025, 2025, N.º 3.*

espiral de las drogas, sino que, con su amor creativo, ha salido a su encuentro. Les ha tendido la mano, a través de la labor de tantos agentes y voluntarios, para que puedan redescubrir su propia dignidad, ayudándolos a recuperar esos recursos y talentos personales que la droga había sepultado, pero que no podía borrar, porque todo ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26). Pero esta labor de recuperación es muy limitada, no basta. Es necesario trabajar en la prevención. Eso hará mucho bien.⁷

Como peregrinos de la esperanza en búsqueda de sobriedad, somos los discípulos llamados a seguir el mandato de Jesús y a salir al encuentro de quienes sufren por las adicciones, los crucificados del mundo de hoy que están en las aguas agitadas de la vida. Sin embargo, es necesario vivir en un equilibrio de oración y acción, en una experiencia mística y misionera, como la que viví para que las tormentas pudieran pasar.

Esas tormentas las enfrenté durante un retiro espiritual del clero. Mi hermano, que es dependiente de drogas, había desaparecido. Necesitaba mantenerme en oración durante ese retiro, pero al mismo tiempo, hacer contactos en algunas ciudades de Minas Gerais, San Pablo y Río de Janeiro —Estados de Brasil—, sobre todo en parroquias y con miembros de la Pastoral de la Sobriedad, para poder encontrarlo. Una experiencia espiritual sucedió en el retiro, el día de la adoración al Santísimo, cuando dije: “Jesús, todo lo que te preguntamos, tú respondes, por eso dime: ¿dónde está mi hermano?”. Y enseguida sentí, repetidamente en el corazón y en la mente, que mi hermano podría estar en un lugar donde ya había estado en el pasado, o incluso en la calle.

Entonces, contactando con la Coordinadora Nacional de la Pastoral de la Sobriedad y con algunas personas de la Pastoral de Calle, encontré a mi hermano. Estaba en la calle, pero con Cristo cuidando de él por medio de las personas de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Esto demuestra que Jesús, con su amor abundante, actuó en la oración y en la acción, para que mi hermano pudiera restaurar los talentos que la droga había sepultado, y tomar conciencia de que es un hombre amado por Cristo, creado a imagen y semejanza de Dios.

⁷

Francisco. 2014, p. 2.

Con esta experiencia comprendemos que:

El Espíritu Santo [...] nos educa a orar con esperanza. A su vez, la oración de la Iglesia y la oración personal alimentan en nosotros esa esperanza. Especialmente los salmos, con su lenguaje concreto y diverso, nos enseñan a fijar nuestra esperanza en Dios: “Esperé confiadamente en el Señor, Él se inclinó hacia mí y escuchó mi clamor” (Sal 40,2). “Que el Dios de la esperanza los colme de toda alegría y paz en la fe, para que rebosen de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo” (Rm 15,13) (CIC 2657).

Esa esperanza en Dios nos impulsa a la práctica de la sobriedad, que se nutre de la oración, del amor familiar y de la humanidad cristiana. Con esta acción de Dios y la apertura misionera del ser humano, quienes viven o han vivido este tipo de tribulación en la adicción, deben creer que un tiempo de bendición llegará. Necesitamos tener esperanza y creer, anclados en Cristo, que es posible vivir en sobriedad, ser felices y practicar la voluntad de Dios mediante una relación de amor con Él y con el prójimo. Así podremos vivir lo que expresan estas palabras santas:

Vigila con atención, todo pasa con rapidez, aunque tu impaciencia haga incierto lo que es seguro y largo lo que es breve. Considera que, cuanto más luches, más demostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te alegrarás un día con tu Amado en una felicidad y un éxtasis que jamás tendrán fin (Santa Teresa de Jesús, cf. CIC 1821).

Por lo tanto, como “Peregrinos de la Esperanza”, tengamos también la certeza de que caminamos como peregrinos de la Sobriedad, con el anhelo de vivir junto al Amado, Jesucristo, quien nos concede la verdadera felicidad. Enraizados en el amor y la fe, estamos llamados a vivir con templanza, con la certeza de que el Señor nunca nos abandonará. Pero para ello necesitamos una vida espiritual sólida, especialmente mediante la participación en la Eucaristía y en la oración del Rosario, porque así lo enseña el papa Francisco: “la espiritualidad cristiana propone un crecimiento en la sobriedad y una capacidad de alegrarse con poco”⁸. Y fortalecidos en esta sobriedad, podamos vivir con la certeza de que este Año de la Esperanza es “un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, ‘puerta’ de salvación” (cf. Jn 10,7.9)⁹.

⁸ Francisco. *Laudato si'*, 2015, N.º 222.

⁹ Francisco. *Bula de Proclamación del Jubileo Ordinario del Año 2025*, 2015, N.º 1.

Signos de los tiempos

Saludamos con afecto, abrazamos a las organizaciones y comunidades hermanas que salen al encuentro de Jesús en la persona de quienes sufren el flagelo de las drogas.

Francisco Carreño

Responsable

Nadie Menos por la Droga - Caritas Chile

Pbro. Benjamín Ossandón

Director de la Pastoral Nacional

de Alcoholismo y Drogadicción – PANAD

En Chile, las causas y efectos de la narcocultura parecían lejanos, propios de otros países de la región. Pero con el tiempo, se instalaron y estallaron en los ojos de una sociedad que está en grave peligro de sucumbir a esta pesadilla. En diálogo con pobladores de distintas comunidades, hombres y mujeres de 70 años o más, señalan llorando: “dimos cara a la dictadura militar, pero esta maldita droga nos tiene de rodillas ino podemos hacer nada!”.

Frente a ese grito de dolor, resuenan las palabras del Papa Francisco en *Laudato Si'*: “la fragmentación social, el crecimiento de la violencia y el surgimiento de nuevas formas de agresividad social, el narcotráfico y el consumo creciente de drogas entre los más jóvenes, son signos y síntomas de una verdadera degradación social, de una ruptura silenciosa de los lazos de integración y de comunión social”.¹⁰

Es en esta realidad, la pobreza de los demás aparece como fuente de lucro para los narcos, ellos lo saben, son expertos en oler el cruce de trayectorias vitales y sociales precarizadas por políticas

¹⁰

Papa Francisco. Mayo 2015. *Laudato Si'*, Sobre el cuidado de la casa común. p. 35. N.º 46

sociales fragmentadas e intermitentes en el ejercicio de derechos. Así, emerge el tráfico de drogas en nuestros barrios, como una estrategia de sobrevivencia que, busca asegurar la inclusión y participación en circuitos hegemónicos del modelo económico, social y cultural determinados por el consumismo, el culto a la imagen, el individualismo y la competencia. Es una opción que permite obtener ingresos no tan sólo económicos, sino también de estatus y poder, que de la mano con una violencia brutal inunda con narraciones negativas la interacción en torno a un tráfico de drogas ingobernable, que tienen efectos generalizados y normalizados en la pérdida y fractura del tejido social.

El escenario es devastador, escuchar y acompañar a cientos que padecen este dolor, nos desafía como Iglesia a levantar la mirada junto a quienes sobreviven a la masacre de la narcocultura. Ya no hablamos solo de la tranza que conlleva la venta y compra, estamos frente a una verdadera derrota social y política, que se manifiesta en dinámicas de exclusión social y en su relación con la violencia, pues todos somos perdedores cuando se debilita la cohesión social y se crean situaciones conflictivas que generan violencia y sociedades enfermas.¹¹

Estamos frente a una gran amenaza, para algunos ya es una realidad. ¿Pero de verdad vamos a normalizar los efectos que las comunidades sufren debido a una narcocultura que modifica, intensifica y agudiza el uso de las armas de fuego para expandir y mantener el negocio? ¿No nos duelen las entrañas cuando por causa de balas asesinas mal llamadas locas, caen hermanos y hermanas como víctimas silenciosas en medio de enfrentamientos entre bandas rivales o en disparos camuflados por fuegos de artificio?

Con las comunidades, hemos aprendido que, si no nos hacemos parte de la reparación de derechos y de la recuperación del territorio hoy, seguirá haciendo nuestro trabajo 'el padrino' del lugar. Él dará un salario que alcance, él socorrerá al enfermo, él pagará los estudios y armará la fiesta de graduación. Lo financiará vendiéndoles droga a nuestros hijos.

El principal obstáculo para reactivar el tejido social no es solo el tráfico de drogas, es el miedo, la impotencia y la normalización de la violencia. Compartimos con los narcos el mismo nicho del sin sentido y la exclusión en la vida cotidiana de los pobladores, debemos competir con ellos ofreciendo algo distinto a las drogas y las armas para dignificar, ese diferencial es el Evangelio y la comunidad.

¹¹

Kliksberg, B. (2011). "Escándalos Éticos". Buenos Aires, Argentina: Edit. Temas Grupo.

Para Jesús inada es imposible!

Convivimos con realidades de muerte de difícil acceso que dan cuenta de periferias existenciales y sociales. Al respecto, un pasaje del Evangelio (Juan 11, 38-44) ha iluminado el acompañamiento a comunidades que sufren por la narcocultura.

¡Ha muerto Lázaro!, quien con sus hermanas eran amigos de Jesús. El Señor, dolido se acerca al sepulcro y pide a los presentes mover la piedra para ingresar. Marta, sabiendo las intenciones de Jesús, le advierte que han pasado cuatro días ya, que no es “conveniente ni saludable” ingresar, hay mal olor... ¿Para qué vas a entrar? ¡Hay olor a muerto!

La narcocultura tiene olor y cara de muerte, de sepulcro, carcome y amenaza la vida democrática de nuestras sociedades queriendo ganar el quien vive a instituciones públicas, privadas y de la sociedad civil. Conscientes de esta realidad, la Iglesia Chilena ha fijado en sus orientaciones pastorales una línea de acción concreta para abordar esta situación:

Es indispensable animar la esperanza, fortalecer el tejido social, atender a la calidad de vida y a la reparación del daño que el narcotráfico y la pobreza producen en tantos niños, niñas, jóvenes y familias.¹²

Jesús va a entrar al sepulcro donde Lázaro yace muerto, pero no lo hará solo, nos pedirá ayuda para mover esa gran piedra. Existen realidades donde no está Jesús y debemos ayudarlo, Él entrará tomado de la mano de comunidades, sobrevivientes y referentes que llevan en alto la Esperanza de seguir acompañando la vida como viene, en una Iglesia en movimiento que busca ser fiel a los más sencillos y a sus experiencias de restauración.

Vaya un abrazo para todos quienes la están luchando, con la convicción sagrada de que lo que primeramente salva a una persona, no es solo una red de prestaciones sociales, sino una comunidad preparada para acogerla, movida por la fe en Dios y la dignidad invencible de cada ser humano, formada para escuchar, incluir y acompañar.

¹² Conferencia Episcopal de Chile (2023) *Anunciar a Jesucristo Caminando Juntos. Orientaciones Pastorales 2023 – 2026 CECh.*

La esperanza no defrauda: una lectura cristiana del dolor urbano

*Padre Juan Felipe Quevedo,
párroco en Nuestra Señora de los Dolores
Bogotá, Colombia.*

Durante la segunda mitad del siglo XX, la ciudad de Bogotá, experimentó profundos cambios demográficos que expandieron sus límites y transformaron su estructura urbana y funcional. Estos procesos, característicos del urbanismo moderno de mediados del siglo XX, generaron una marcada división geográfica entre zonas productivas y residenciales. Como resultado, la ciudad se fragmentó en barrios periféricos de vocación habitacional -los llamados “barrios dormitorio”- y sectores centrales con dinámicas económicas contrastantes: algunos altamente productivos y otros marginados, afectados por problemáticas sociales complejas.

El barrio San Bernardo, ubicado en el centro de Bogotá, es un claro ejemplo de esta fragmentación. En los últimos cuarenta años, ha transitado de ser una zona privilegiada, por su cercanía a la actividad económica del centro, a convertirse en un territorio socialmente excluido, afectado por el crimen, el deterioro físico y una precaria calidad de vida urbana. Este barrio, de tradición residencial, ha sufrido transformaciones profundas tanto en el uso del suelo como en su tejido social, conforme se ha alterado la dinámica del centro histórico de la ciudad.

Actualmente, San Bernardo puede dividirse en dos sectores: hacia el costado nororiental se presenta un alto nivel de deterioro: predios subdivididos como inquilinatos, presencia recurrente de población

en situación de calle, prostitución, microtráfico y delincuencia. Mientras, hacia el centro y el sur del barrio se conservan rasgos residenciales con actividad comercial e industrial.

El incremento acelerado de personas en condición de calle que circulan en la zona, ha intensificado los conflictos sociales y ha transformado la cotidianidad del barrio. La presencia de consumidores y expendedores de sustancias psicoactivas, ha exacerbado problemáticas como la deserción escolar, el robo común y la consolidación de grupos delincuenciales. Esta situación ha generado una ruptura profunda del tejido social y un deterioro progresivo de la convivencia.

Las relaciones entre los habitantes tradicionales del barrio se han tornado conflictivas. Muchos sienten el peso del deterioro de su entorno, desdibujándose el sentido de comunidad: ya no se reconoce al otro como un igual, como parte del nosotros, sino como amenaza. La fragmentación social ha fracturado los vínculos comunitarios de solidaridad, y algunos residentes han llegado incluso a convertirse en antagonistas.

El deterioro físico -basura, desechos orgánicos, abandono de calles, viviendas en ruinas- ha generado en muchos habitantes una pérdida profunda de esperanza. Las iniciativas comunitarias se han reducido drásticamente. Predominan el cansancio, la resignación y el estigma, especialmente frente al apodo “Sanber”, asociado a violencia y marginalidad.

¿Qué papel juega la esperanza cristiana en este contexto?

Frente a esta realidad compleja, surge una pregunta esencial: ¿Cómo responder desde la fe? La esperanza cristiana, según enseña la tradición bíblica, no es una evasión del presente, sino una fuerza transformadora. En las Escrituras, esperanza y fe son términos íntimamente ligados (Heb 10, 23; 1Pe 3,15). La fe cristiana ofrece un futuro a quienes creen y, por ello, transforma radicalmente el presente. A diferencia de quienes “no tienen esperanza”¹³, el creyente vive desde la certeza de que el amor de Dios sostiene y acompaña incluso en medio de la oscuridad.

¹³

Efesios 2,12

La esperanza cristiana es esencialmente comunitaria, no individualista ni aislada. Uno de los desafíos de nuestro tiempo es la reducción de la esperanza a una salvación privada, desconectada del sufrimiento colectivo. Prueba de ello, es la desconexión de muchas expresiones religiosas con los dolores, injusticias y pecados sociales que atraviesan nuestra ciudad-región. En Bogotá, muchas veces ser un “buen creyente”, se reduce a llevar una vida piadosa y cumplir con prácticas religiosas, sin compromiso con el clamor de los hermanos y hermanas que sufren.

Parece resonar hoy en nuestras Iglesias la parábola del fariseo y el publicano “Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres...”¹⁴. Esta es la gran tentación: creer que la fe es solo personal, que no se nos pedirá cuenta del dolor ajeno, que podemos salvarnos sin los otros. Vivimos atemorizados y, a la vez, indiferentes ante el rostro sufriente de Cristo, presente en los descartados de nuestros barrios.

Entre los rostros más visibles del sufrimiento urbano se encuentran las personas atrapadas en ciclos de adicción. Las drogas no son simplemente sustancias prohibidas; son, muchas veces, intentos desesperados de calmar heridas emocionales, traumas no resueltos y soledades profundas. En barrios como San Bernardo, las adicciones no solo destruyen cuerpos, sino que también erosionan vínculos, esperanzas y proyectos de vida. Sin embargo, incluso en estas realidades, la esperanza cristiana no se apaga. Cristo no se avergüenza de acercarse a quienes están rotos, ni espera que estén sanos para amarlos. La comunidad cristiana está llamada a ser un espacio de acogida radical, donde la ternura y la paciencia acompañen procesos de sanación.

Donde otros ven a un "adicto", la fe ve a un hijo amado de Dios, digno de una nueva oportunidad. La esperanza no consiste en negar el drama de las adicciones, sino en afirmar que ningún abismo es más profundo que la misericordia divina.

La esperanza cristiana no elimina el sufrimiento, pero le da sentido. No lo niega, sino que lo asume como espacio de transformación personal y de solidaridad activa. El sufrimiento, vivido desde el amor y la fe, puede convertirse en un espacio de redención y fuente de consuelo para otros. Por eso, la comunidad cristiana no está llamada a huir del dolor del barrio, sino a habitarlo con compasión, ternura y firmeza.

¹⁴ *Lucas 18, 9-14*

Finalmente, la esperanza cristiana construye comunidad. Está orientada a edificar una nueva humanidad reconciliada: la ciudad de Dios, que se opone a la fragmentación del pecado. Ni la política ni la ciencia pueden redimir por sí solas al ser humano. Solo el amor -y particularmente el amor divino manifestado en Cristo-, puede ofrecer un sentido último.

La esperanza cristiana no se limita a una promesa futura, actúa en el presente como fuerza transformadora, nos compromete con el mundo, y nos impulsa a reconstruir el tejido roto desde la certeza de que la luz vence a las tinieblas y de que el dolor, transformado por el amor, puede abrir caminos de redención y renovación comunitaria.

La esperanza desde un Centro de Tratamiento en Adicciones

Pbro. MSc. David Eduardo Solano Chaves. Costa Rica

Casa Hogar San José es el único centro de tratamiento en adicciones de mediana estancia que tiene la Iglesia Católica en Costa Rica, pues es una obra de la Asociación Casa Hogar San José de la Pastoral Social de la Arquidiócesis.

El proceso de tratamiento tiene una duración de seis meses en su fase más restringida y hasta seis meses más, en su dispositivo de “casa media”, que favorece las dinámicas para propiciar la reinserción social y laboral de los varones de 18 a 64 años que, deciden descubrir que “la calle no es vida” y encontrar un apoyo integral, para que su proceso de recuperación se encamine hacia una mejora en las condiciones de vida.

El centro de tratamiento, aun cuando es una iniciativa católica, no hace acepción de las personas por razones de credo, opción política u otra condición, lo que permite ofrecer los servicios a cualquier varón que, estando en situación de calle, requiera de los apoyos técnicos y el acompañamiento para asumir los cambios en los estilos de vida que les ayuden a evitar el consumo de sustancias, la reconstitución de apoyos sociales y familiares, junto con esfuerzos tendientes a generar habilidades y capacidades para la convivencia con otros y para la empleabilidad.

Visto en su conjunto, el proceso promueve a las personas en su dimensión personal y social y ofrece una serie de capacidades, habilidades y herramientas que les permiten comprenderse, desde la condición de la enfermedad adictiva y contar con lo necesario

para evitar el consumo de sustancias y conseguir una mejora integral en las condiciones, para vivir en y con las formas sociales hoy existentes.

Si ponemos la mirada en las personas beneficiarias, quienes por ejemplo en el 2024 fueron un total de 73 personas atendidas, de las cuales 63 culminaron la fase de seis meses residenciales, nos percatamos de que la mejora física, psicológica, social, espiritual y cognitiva es significativa. Y es aquí donde podemos ver “en acción”. En primer lugar, como virtud teologal, la esperanza permite a los cristianos aspirar a la vida eterna y al Reino de los cielos, confiando en las promesas de Cristo y apoyándose en la gracia del Espíritu Santo. Es una virtud que guía la acción y el deseo hacia la felicidad plena y eterna, no basada en nuestras propias fuerzas, sino en la confianza en Dios.

En segundo lugar, como virtud humana, la esperanza impulsa a las personas a mejorar su vida y a ser resilientes ante las situaciones difíciles de la vida y es aquí donde un proceso de tratamiento que incluye la dimensión espiritual dentro de sus ejes, no como un accesorio, sino como un elemento central en el proceso personal y personalizado para cesar el consumo de sustancias psicoactivas se convierte en un propiciador y propagador de esperanza.

En específico, este programa de tratamiento, en sus distintas fases, combina diferentes enfoques que van desde el humanismo trascendente, la propuesta de Alcohólicos Anónimos (AA), con sus doce pasos y doce tradiciones, y las comunidades terapéuticas, hasta los aportes de las ciencias sociales y humanas. Un elemento clave es, como ya se mencionó, la dimensión de la espiritualidad (sin distingo de credos ni adscripciones religiosas), que se vincula directamente con varios de los pasos propuestos por AA: el paso 1 que indica: *“Admitimos que éramos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables”*. Y luego los pasos 2, 3, 5, 6, 7 y 11¹⁵, que hacen referencia a las dimensiones religiosas y espirituales,

¹⁵ Detallamos aquí los mencionados pasos con un afán informativo para las personas lectoras de este documento: paso 2: *Llegamos a creer que un Poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio*, paso 3: *Decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios, como nosotros lo concebimos*; paso 5: *Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos, y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros defectos*; paso 6: *Estuvimos enteramente dispuestos a dejar que Dios nos liberase de nuestros defectos*; paso 7: *Humildemente le pedimos que nos liberase de nuestros defectos*; y el paso 11. *Buscamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto consciente con Dios como nosotros lo concebimos, pidiéndole solamente que nos dejase conocer su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para cumplirla. Como se puede observar el componente espiritual puede considerarse un eje vertebrador de la propuesta de los doce pasos, que como se conoce han sido adaptados para y por los grupos de otras personas que han encontrado una opción para vivir mejor como pueden ser jugadores anónimos, neuróticos anónimos, narcóticos anónimos entre otros.*

son componentes que contribuyen a una perspectiva esperanzada y esperanzadora; pues la experiencia demuestra que, las personas van avanzando en el proceso de tal manera que, estén visualizando su vida y a sí mismos con perspectiva de un futuro mejor.

Al observar los comportamientos, las acciones y cómo estos se inspiran en los cambios espirituales y psicológicos que a lo largo del proceso de tratamiento se van verificando, junto con la asunción del proyecto personal de vida, en el que contribuyen los miembros del equipo terapéutico en todas sus áreas (Trabajo Social, Psicología, Terapia Ocupacional y Consejería en Adicciones), se puede notar que la persona va experimentando una perspectiva renovada sobre sí misma, sobre las relaciones con los otros y sobre la vida social y laboral. Esta perspectiva renovada está cargada de esperanza activa, que impulsa la transformación personal como la del entorno familiar. Al mismo tiempo, esta esperanza contribuye al desarrollo de la resiliencia, permitiendo asumir con fortaleza los momentos de dificultad, que nunca faltan y que no desaparecen al cesar el consumo de sustancias.

Además, la esperanza contribuye para que la persona logre enfrentar los desafíos con optimismo, y asuma los retos diarios con paciencia y la incorpore incluso en el trato consigo mismo y con los demás, de tal manera que, se potencien actitudes de comprensión y tolerancia consigo mismos y con los compañeros dentro del proceso de tratamiento.

Llegados a este punto, el lector se puede estar preguntando: y ¿cómo se logra? Una de las claves, no la única ni la última, porque sería muy pretensioso creer que el proceso de esperaranzar depende de un único elemento, es el acompañamiento y la atención, que siguiendo lo que nos dijo el papa Francisco, implica una atención amante, centrada en el valor y la confianza en ese valor personal de quien recibe el tratamiento.

En cuanto al acompañamiento es de reconocer el empeño y esfuerzo que los miembros del equipo terapéutico realizan con cada una de las personas beneficiarias, donde desde el respeto de la propia dignidad y con una cercanía que potencia la confianza y la cooperación mutua, se promueven los cambios en las actitudes y en los actos, en los pensamientos y en las creencias que pueden ser factores de riesgo para reactivar el consumo. Este acompañamiento se realiza las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana,

en modalidad personal y colectiva, lo que coadyuva a monitorear los avances o retrocesos, los estancamientos o mejoras en el proceso integral de tratamiento.

El acompañamiento, el proceso integral e integrador, hace que Casa Hogar San José, sea un ámbito de esperanza, desde un proceso y un centro de tratamiento.

La obra San Juan Pablo II: una puerta de esperanza en la lucha contra las adicciones

*Por Ariel López, Coordinador general,
Centro San Juan Pablo II, Panamá*

Un llamado a la acción y a la esperanza jubilar

En 2019, la obra de misericordia San Juan Pablo II, dedicada a la pastoral de atención a las adicciones en Panamá, tuvo el privilegio de participar en la oración del Ángelus con el Santo Padre en la Casa Hogar Buen Samaritano. Un grupo de nuestros jóvenes conversó con el Papa Francisco, quien los animó a perseverar en el camino de la recuperación.

Esta obra fue elegida también para preparar a jóvenes del Centro de Custodia de Menores, enseñándoles sobre la confesión, el canto y la oratoria. El Santo Padre les dirigió estas palabras: "Abran las ventanas y miren al horizonte".

La puerta de la esperanza

Una puerta simboliza algo mayor, algo nuevo. En lo espiritual, representa lo positivo, lo transformador. Cristo mismo dijo: "Yo soy la puerta"¹⁶, y "Estoy tocando a la puerta"¹⁷. Es motivo de gran alegría que

¹⁶ Juan. 10,9

¹⁷ Apocalipsis 3.20

se abran las puertas de un nuevo Jubileo, el Jubileo de la Esperanza que el Papa Francisco nos regala a toda la Iglesia Universal.

Nuestra misión en un mundo conflictivo

Frente a las guerras, la pobreza, las migraciones forzadas, el autoritarismo y las amenazas globales, la Iglesia proclama esperanza. Estamos llamados a caminar juntos, tender la mano al caído, ofrecer consuelo con gestos, sonrisas y palabras cálidas. Somos peregrinos de la esperanza, virtud teologal y rasgo psicológico positivo.

El Papa Francisco nos inspira como incansable luchador contra las adicciones, obstáculo para el desarrollo humano. Insistió en que el consumo de sustancias daña gravemente la salud y que todos debemos comprometernos en esta lucha.

Compromisos concretos

Para nuestra pastoral, el legado del Papa Francisco es semilla fecunda. Impulsamos:

- **Acción:** Involucrar a autoridades en la lucha antidrogas, demostrando que Panamá (con 4 millones de habitantes) puede ser ejemplo.
- **Propósitos:** Crear más centros de tratamiento y programas preventivos en colegios y comunidades.
- **Compromiso:** Opción clara contra la legalización de drogas, llevando este mensaje a las instancias de poder.

La esperanza en acción

Como dice el refrán: "La esperanza es lo último que se pierde". Nuestra obra testimonia que el adicto ya no camina solo, que la prostituta la persona en prostitución encuentra apoyo, los deprimidos hallan fortaleza, los niños abandonados tienen refugio, los privados de libertad reciben acompañamiento, los no creyentes encuentran amistad sincera.

Legado permanente

Francisco, obispo de Roma, nos dejó el tesoro de su cercanía con los marginados. Será recordado como el Papa de los pobres que encarnó las Bienaventuranzas y el Juicio Final. Su partida no es pérdida: como el grano que muere para dar fruto, sus palabras seguirán inspirando.

Las puertas están abiertas de par en par. Cristo es nuestra esperanza, y nosotros, como Iglesia en salida, seguiremos haciendo realidad esta esperanza para todos los hijos de Dios.

Prevención de las adicciones en territorio pastoral

Pastoral de Adicciones. Paraguay

Paraguay es un país lleno de niños, adolescentes y jóvenes donde 2.497.883 son de 0 a 17 años, un 33 % de la población total del país. Estas poblaciones están ubicadas en zonas urbanas en su mayoría. En el plano de esta realidad, mientras se iba construyendo los caminos de la pastoral de adicciones en territorio parroquial, una misión contundente se pudo discernir ante la situación de los infantojuveniles en general y los que llegan a las parroquias, las escuelas parroquiales o la catequesis en particular, y fue de que es momento de abrir *espacios a la prevención*.

Al inicio se producen muchas preguntas en los grupos pastorales desde ¿Cómo hacer para llegar antes? ¿Cómo hacer para que los niños y adolescentes no se encuentren con las sustancias que les hacen tanto daño? ¿Cómo hacer para que los padres se involucren a fin de detener esos procesos de deterioro tan dolorosos? ¿Cómo hacer para mitigar los daños y reducir riesgos? ¿Cómo hacer para que no sea demasiado tarde?. Son muchos cuestionamientos con buena intención, entonces fuimos a preguntar a la población objetivo qué le gustaba hacer después de la escuela y definitivamente la respuesta llegó pronto: ¡actividades para el tiempo libre!

Disfrutar del tiempo libre de forma saludable, es una fuente preventiva, es una herramienta frente a la prevención de adicciones, ya que el tiempo de ocio puede convertirse en riesgo o en factor protector a los niños, adolescentes y jóvenes.

Al abrir la propuesta de la pastoral de prevención, la clave fue contar con el apoyo de las familias, los párrocos y miembros de comunidades religiosas, los catequistas, los agentes pastorales, profesionales católicos que diezman su tiempo y toda persona de buena voluntad que se sumara a la misión.

Las actividades en el tiempo libre, la pastoral se orienta fuertemente a reducir riesgos y promover la seguridad durante las actividades recreativas y de ocio como cantar, bailar, hacer deportes y practicar los hobbies de los muchachos y las muchachas, con la activa participación de los referentes significativos de los mismos y promover la educación en los valores que deben conducir las nuevas generaciones, el valor de la vida y del amor, la propia responsabilidad y la dignidad humana de los Hijos de Dios¹⁸.

La pastoral de prevención de Paraguay se desarrolla a través de actividades que los mismos adolescentes y jóvenes solicitan, en un mundo que les ofrece riesgos y pocos espacios de protección a nivel comunitario y social. En su entorno, el tiempo libre es un factor de riesgo debido a la disponibilidad cómplice de la oferta de diferentes tipos de drogas psicoactivas.

Sabemos que el consumo de drogas es peligroso y que los daños, en todos los niveles, dejan secuelas permanentes, hiriendo a las personas que le rodean, incluyendo amigos, familia, niños y bebés no nacidos.

Como en el territorio parroquial tenemos muchos más niños, adolescentes y jóvenes que no consumen sustancias psicoactivas, la pastoral de prevención es el camino para retrasar e incluso evitar el impacto que genera esta problemática. Por allí estamos andando: paso a paso, sin prisa, de forma solidaria y sin pausa.

Hemos asumido el compromiso de cuidar la vida y la familia con hechos concretos: con obras, con gestos, con acciones reales, como nos pide el Documento PLAPA.

La Iglesia que peregrina en Paraguay nos invita a organizarnos para cuidar la vida, convencidos de que toda vida humana es sagrada. Cuidar la vida es el camino, y creemos en la misión de ser un farolito cuidador de la esperanza desde la prevención.

¹⁸

Documento de Aparecida 422

Referencias bibliográficas

Benedicto XVI. (2007). *Discurso del Papa Benedicto XVI en la Fazenda da Esperança*. São Paulo: Opus Dei. http://multimedia.opusdei.org/pdf/br/discursos_de_bento_xvi.pdf.

Biblia de Jerusalén. (2015). *Biblia de Jerusalén: Nueva edición revisada y ampliada. (10ª reimp)*. São Paulo: Paulus.

Catecismo de la Iglesia Católica. (1999). *Catecismo de la Iglesia Católica: Edición revisada conforme al texto oficial en latín. (9ª ed.)*. São Paulo: Loyola.

Conferencia Episcopal de Chile. (2023). *Anunciar a Jesucristo Caminando Juntos: Orientaciones Pastorales 2023 – 2026*. CECh.

Exhortación Apostólica Postsinodal Verbum Domini. (2014). 6ª ed., 3ª reimp. São Paulo: Paulinas,.

Francisco. (2014). *Discurso del papa Francisco a los participantes de la 31ª edición de la 'International Drug Enforcement Conference'*. Vaticano.

Francisco. (2015). *Laudato SI', Sobre el cuidado de la casa común*. P. 35. N.º 46.

Francisco. (2015). *Laudato si'*. N.º. 222.

Francisco. (2024, 26 de junio). *Catequesis con motivo del Día Internacional de la Lucha contra el Uso Indebido y el Tráfico Ilícito de Drogas [Audiencia general]*. Vaticano. <https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiences/2024/documents/20240626-udienza-generale.html>

Francisco. (2025). *Bula de Proclamación del Jubileo Ordinario del Año 2025*, N.º 1 y N.º 3.

Kliksberg, B. (2011). *Escándalos Éticos*. Buenos Aires, Argentina: Temas Grupo Editorial.

Tanqueray, A.D. (1938). *Compendio de Teología Ascética y Mística*, pp. 692 – 693, 750.

